

Jorge Luis Borges ha sido huésped de Madrid durante una semana. Su presencia, después de los nueve años transcurridos desde su última visita a España, ha convalidado el interés de todos aquellos que siguieron de cerca su literatura y de los que vagamente la conocían; buena prueba de ello ha sido la enorme e inusitada concurrencia que pudo observarse en cada uno de los actos públicos en que el escritor argentino participó. A lo largo de cuatro días hemos mantenido con Jorge Luis Borges algunas charlas en la Embajada, librería y Colegio Mayor argentinos, así como en el transcurso de un encuentro con motivo de una entrevista que también se nos concedió para el programa «Galería», de Televisión Española. De estas conversaciones ofrecemos aquí no más que un apretado resumen.

Estos días han constituido para el viejo maestro un retorno a sus orígenes, a esa ciudad que él conoció y olvidó durante la aventura ultraísta, y que hoy es una región utópica en el caudal de su memoria. Durante algunas jornadas hemos sido testigos de excepción de ese reencuentro de Borges con aquellos fantasmas que poblaban la ciudad que él vivió, y entre los cuales ocupa el lugar privilegiado su recordado Rafael Cansinos-Assens. Nada queda ya del Madrid que la nostalgia de Borges añora, pero el argentino sigue dialogando con esas sombras que supo preservar del olvido.

M. R. BARNATAN y J. L. JOVER. Su primer viaje a Madrid data de mil novecientos diecinueve. Es la época del ultraísmo y el creacionismo en España, del dadaísmo, del expresionismo, del futurismo... es la época de Cansinos-Assens, Huidobro, Gómez de la Serna, las vanguardias...

J. L. BORGES.—¡Ah! Huidobro, el creacionista... Bueno, pero la fecha a la que ustedes se refieren debe ser más bien la de mil novecientos veintiuno, aunque, verdaderamente, después de tantos años da exactamente lo mismo. Huidobro aspiraba a una literatura que no tuviera nada en común con la realidad, que fuera surrealidad, como la música. Cansinos, sin embargo, nos recordó que desde el momento en que usamos un idioma, ya estamos usando un sistema de símbolos que corresponden a memorias compartidas, y que la poesía creacionista es imposible, o, si se hace, es incomprendible, lo cual viene a ser lo mismo...

M. R. B. y J. L. J.—Una buena parte de la crítica francesa ha intentado resucitar la época del Borges vanguardista. Sin embargo, recordamos unas declaraciones suyas a Georges Charbonnier, allá por el año sesenta y cuatro, en las que usted insistía en negar la efectividad de ese tipo de literatura...

J. L. B.—Sí, yo he querido olvidar aquel sinnúmero de errores a los que nos llevó la juvenil utopía ultraísta. Queríamos reducir la poesía a la metáfora, nuestra ingenuidad llegaba a creer en la posibilidad de crear siempre metáforas

nuevas. Puedo recitarles algunos horrores frutos de aquella aberración. Pero mi rechazo del ultraísmo, después de haberlo importado a Buenos Aires y fundar allí revistas y firmar manifiestos, no significó nunca el olvido ni la ingratitud hacia aquel que fue siempre mi maestro, el imborrable Rafael Cansinos-Assens. Cansinos es el gran recuerdo de aquellos años, no digo ya su obra, que también me sigue impresionando —mi madre me leía unos días antes de este viaje unas páginas de ese maravilloso libro, quizá el mejor libro de Cansinos, que es «El divino fracaso». Yo diría que he conocido a muchas personas famosas, y que no guardo de ninguna de ellas una impresión tan vívida como la que guardo de estas dos: Rafael Cansinos, en Madrid, y Macedonio Fernández, en Buenos Aires. Yo me despedía de Europa al volver a mi patria, y Cansinos parecía haberme resumido todas las bibliotecas del Oriente y del Occidente, todas las literaturas, todas las culturas y todas las dudas y perplejidades sobre la literatura. Y además, ¡yo admiraba tanto su poesía, y sigo admirándola! Quiero decir, sobre todo, su poesía en prosa, más que aquel libro primero de «salmos» que él escribió y del que recuerdo apenas alguna que otra metáfora.

M. R. B. y J. L. J.—Después de la época ultraísta, su literatura pareció inclinarse por una veta distinta, por aquello que se ha dado en llamar «mitologías de arrabal». Es el momento del «Hombre de la esquina rosada», y de ese poema tan celebrado por sus lectores argentinos, «Fundación mítica de Buenos Aires».

J. L. B.—Sí, yo había oído muchas historias de cuchilleros, hombres que eran los dueños de las veredas y que vivían en suburbios, en mi barrio, Palermo. Cuando uno de esos hombres murió —yo lo había conocido— quise retener su historia, me parecía demasiado hermosa para que se perdiera. Entonces escribí un cuento en el que imité incluso la forma de hablar de aquel hombre. Yo no era un narrador, yo era un poeta, y sentía cierto pudor al traspasar esa frontera; de ahí que ni siquiera firmé el cuento con mi nombre. Luego mis amigos se percataron de mi paternidad y acepté que mi nombre se identificara con «Hombre de la esquina rosada». Más tarde escribí algunos poemas utilizando un lenguaje popular casi esotérico. Debí usar algunos diccionarios de lunfardo, de argentinismo, pero en mis poemas se mezclaban expresiones del Norte con otras porteñas, y aquel lenguaje resultaba incomprendible, incluso para mí; intenté traducirlo, despojarlo de excentricidad. Creo que ya no tenía los diccionarios...

M. R. B. y J. L. J.—Termina usted de decir que se consideraba entonces más poeta que narrador. Suponemos que esta es la pregunta tan repetida: en rigor, ¿habría que considerar a Borges como poeta o como narrador?

BORGES

“YO, QUE TANTOS HOMBRES HE SIDO”

J. L. B.—Bueno, yo soy y he sido siempre un poeta. Si ustedes quieren, un aprendiz de poeta. Hay cosas que sólo caben en el verso y que a la prosa están vedadas. Creo que mi prosa no debe eclipsar mi poesía. Muchas veces me han preguntado: «Borges, ¿por qué no escribe usted una novela?». Yo siempre les digo que es una tarea impropia, ya que todo lo que se puede decir en una novela cabe en un cuento, como también hay personajes que viven más en seis versos que en un extenso volumen. Además, yo fui siempre un mal lector de novelas; tengo la sensación de que en una novela siempre hay algo de ripio; preferí leer un cuento de «Las Mil y Una Noches» a una novela de Dostoyevsky... Bueno, hay un novelista, creo que hoy olvidado, que es Joseph Conrad, al que constantemente vuelvo; también a Kipling y al «Kim» de Flaubert. Igualmente, de la obra de Henry James prefiero siempre sus cuentos a sus novelas. El mismo «Quijote» es más una sucesión de narraciones que lo que hoy entendemos por novela.

M. R. B. y J. L. J.—Ya que habla usted del «Quijote», libro que tan significativo es en su obra, ¿podría decirnos cuáles han sido los escritores españoles que han podido influir de una manera más decisiva en usted como escritor?

J. L. B.—Bueno, en cuanto a estilo influyó sobre mí durante mucho tiempo Quevedo, y también Saavedra Fajardo. Pero creo que ahora, si tuviese que elegir influencias, elegiría otras. Elegiría más bien a fray Luis de León, a Cervantes... y elegiría también nuestro Romancero. De hecho, el que más influyó sobre mí, al que yo plagé con más devoción fue a don Francisco de Quevedo y Villegas.

Borges transforma rápidamente la entrevista en una conversación amistosa. Pronto olvida que es el interrogado y nos somete a su siempre sorprendente curiosidad. Del ultraísmo al arrabal porteño, del «Quijote» al «aliño indumentario». —Borges nos pide que le arreglemos el nudo de la corbata, aludiendo a la necesidad de su «verticalidad», de Quevedo al catecismo del padre Astete.

J. L. B.—Le conocían ustedes, ¿verdad? Aunque yo creo que había también otro. No recuerdo bien su nombre...

M. R. B. y J. L. J.—Podría ser el Ripalda...

J. L. B.—Ese debía ser... Imagínense ustedes qué curioso sería que hubiera una auténtica lucha entre los partidarios de uno y otro catecismo. Que incluso se llegara a una guerra para imponer uno de ellos, y que la gente muriera en la contienda. Una tontería que se me ocurre...

M. R. B. y J. L. J.—Conocido es su trabajo en colaboración con Adolfo Bioy Casares, para con quien usted ha tenido los mayores elogios como escritor. Hasta el propio nombre de Bioy se creyó en algún momento que era un seudónimo de Borges, y algún otro nombre se ha manejado a la hora de intentar confundir a usted con Bioy. ¿Quién es Bustos Domecq?

J. L. B.—Bustos Domecq es un tercer hombre, por emplear la expresión de Aristóteles. Nos pusimos a escribir en colaboración Adolfo Bioy Casares y yo. Yo creía que la colaboración era imposible, y él me dijo: «Bueno, vamos a probar. No tenemos nada que hacer; es un día de lluvia y falta una hora para el almuerzo. Vamos a probar». Yo me alegré al tener una ocasión para demostrarle que dos escrito-



res no pueden colaborar. Empezamos a escribir. Ya teníamos el argumento que yo había inventado, y luego, al rato, sucedió una especie de milagro: desaparecieron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges y surgió ese tercer hombre que no se parece a ninguno de nosotros, y que incluso a veces nos desagrada, y que se llama Honorio Bustos Domecq. Le pusimos Bustos porque Bustos puede parecerse a Borges, y porque un bisabuelo de mi bisabuelo se llamaba Francisco Bustos. Por otra parte, un antepasado de Bioy se llamaba Domecq; además, ese tipo de apellido cosmopolita es bastante común en Buenos Aires. Cuando la gente se aburría de ese nombre encontramos otro equivalente: Suárez Lynch. Mi bisabuelo, Isidoro Suárez, que ganó la batalla de Junín, y Lynch, un bisabuelo o tatarabuelo francés de Bioy. La verdad es que Bustos Domecq suele confundirse con Suárez Lynch, se parecen mucho, aunque creo que era más barroco Bustos Domecq. Cuando escribimos en colaboración acaban por imponerse a nosotros: gastan bromas que no nos hacen gracia o escriben de un modo metafórico que no nos gusta demasiado. Nosotros queríamos ser más sencillos. Pero no importa; ahí están esos dos hombres, de algún modo engendrados y sin poder evitar que se impongan a nosotros. Últimamente hemos recurrido a una trampa miserable, que es la de poner en la portada del libro: «Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges. Crónicas de H. Bustos Domecq», porque el público ya sabe que Bustos Domecq y Suárez Lynch son dos entes de ficción, como acaso lo somos nosotros mismos también.

M. R. B. y J. L. J.—Como lecto-

res, siempre hemos intentado acercarnos a los distintos aspectos de su obra, desde sus «homenajes» ensayísticos a sus manifestaciones más lúdicas o metafísicas, desde sus recreaciones porteñas a la cerrada atmósfera de los cabalistas, desde sus versos más confesionales a los «juegos» de seudónimos. Hay muchos lectores de su obra que no alcanzan a comprender ciertas arbitrariedades constantes en sus declaraciones políticas, así como el carácter descomprometido de su obra...

J. L. B.—Yo creo que un escritor debe estar comprometido únicamente con su obra, no entiendo otro tipo de compromisos. Hoy todo está impregnado de política. Cuando yo era joven, las ideas políticas no intervenían en las afinidades literarias. Entonces yo era un anarquista spenceriano, al igual que mi padre, y en una misma revista escribíamos gente muy diferente; por ejemplo, Ricardo Güiraldes, que era conservador; Alberto Hidalgo, Macedonio Fernández, Girondo y el mismo Marechal. Ahora yo soy conservador, que es una de las formas del escepticismo en política, aunque quizá haya en mi todavía algo de aquel anarquista que fui.

M. R. B. y J. L. J.—Sigamos con política y literatura. Cada año, en las vísperas de la concesión del Premio Nobel, se baraja el nombre de Borges como posible galardonado. Muchos comentaristas opinan que su actitud política constituye el más serio inconveniente a la hora de la decisión final. ¿Sigue esperando Borges el Nobel?

J. L. B.—Bueno, yo he sido siempre el eterno candidato al Nobel, pero la verdad es que creo que pronto dejaré de serlo. Pienso que voy a morir este año.

M. R. B. y J. L. J.—Creemos que conocemos algunas de sus obsesiones literarias: tigres, espejos, laberintos, bibliotecas... ¿Qué es para Jorge Luis Borges una biblioteca?

J. L. B.—Una serie de posibilidades de felicidad. Desde no sé qué edad imaginaba el paraíso como una biblioteca, y eso mismo lo recordé en un poema. Cuando me hicieron director de la Biblioteca Nacional, con la Revolución Libertadora de mil novecientos cincuenta y cinco, se me dio al mismo tiempo la ceguera: debe ser una especie de regalo irónico. Un dar y un quitar. Entonces fue cuando escribí: «Yo, que me figuraba en Paraíso / Bajo la especie de una biblioteca». Y de los objetos que poseo, que son muy pocos, los que más aprecio son los libros, libros que no puedo releer, pero cuya gravitación y cuya presencia siento. Algunos no tienen mayor valor... Tengo, por ejemplo, una edición del «Quijote» hecha por Garnier, en París, y como esa fue la primera edición que yo leí, la veo como si fuera el Ur-Quijote, el «Quijote» primitivo, y pienso que las otras, aun la primera edición del siglo diecisiete, no son más que copias de ésa. Tengo algunos otros libros muy lindos; por ejemplo, una edición del siglo dieciocho del «Diccionario» de Johnson, y otras muchas primeras ediciones de Dario, de Lugones... Aprecio mucho todo esto, aunque sé que los libros están ahí nada más, porque no puedo leerlos.

M. R. B. y J. L. J.—¿Quién le lee a Borges, qué le leen a Borges ciego?

J. L. B.—Bueno, yo estoy estudiando inglés antiguo y escandinavo antiguo. Casi todo el tiempo libre que tengo, excepto el que dedico a la literatura y a las tareas oficiales y pedagógicas, lo invierto en el estudio de esas dos lenguas: el sábado es anglosajón y el domingo es islandés o escandinavo, de modo que conozco muy poco la literatura contemporánea; no leo a los contemporáneos y casi nunca releo lo que yo mismo he escrito; una vez que he escrito algo, dejo que eso viva su vida, corra su destino, corra su suerte y me olvido de ello.

M. R. B. y J. L. J.—Pero, ¿quién le lee a Borges?

J. L. B.—Tengo a mi madre, tengo a mis sobrinos, y tengo a una secretaria en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires que también me lee... Y luego a los alumnos de mis dos seminarios. Ya ven, antes pasaba la vida leyendo y ahora la paso escribiendo, dando conferencias, tratando de pensar, tratando de imaginar.

M. R. B. y J. L. J.—Casi siempre, y sus últimas palabras vienen a confirmarlo, aparece la figura de su madre —la figura de una mujer— en sus declaraciones, una mujer de incostumbrada lucidez pese a sus noventa y seis años. Vamos a hacerle una pregunta que los periodistas suelen llamar indiscreta, y procuraremos que esta vez no lo sea. ¿Qué representa la mujer en su obra? Y nos viene a la

memoria uno de los poemas de amor más tajantes y más tristes de cuantos se han escrito: «Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca / Aquel en cuyo abrazo desfallecería Matilde Urbach».

J. L. B.—Ha habido muchas mujeres. He pasado toda mi vida pensando en ellas, y no sólo cuando escribía. Ahora pienso más en lo que han dejado en mi memoria. Recuerdo, por ejemplo, a Beatriz Viterbo, porque Beatriz Viterbo existió, aunque no se llamaba así. Nunca supo que la amé. Muchos de mis poemas los escribí dolorosamente enamorado. Fui siempre un gran tímido.

M. R. B. y J. L. J.—Después de «El informe de Brodie» y de «El oro de los tigres», sus dos últimos libros, el lector puede apreciar, sobre todo en el primero de ellos, una fuerte tendencia a evitar las complejas estructuras imaginativas que han caracterizado universalmente a su obra y una inclinación hacia narraciones realistas, donde todo se simplifica y se transparenta. ¿Qué está escribiendo usted actualmente?

J. L. B.—Lo que estoy escribiendo ahora es un libro de cuentos. Mis editores, Emecé, me han dicho que necesito un mínimo de diez cuentos, aunque alguno sea largo; tengo siete escritos, así que me faltan los otros tres que apenas entreveo. Conozco ya el argumento de dos de ellos, y el tercero no me ha sido revelado todavía. Pero cuando tenga eso tendré el libro de una forma más o menos definitiva. He llegado a un borrador que considero ya como texto definitivo. Creo que el libro difiere de mi última producción, y que en cierta manera continúa esa línea supuestamente realista que algunos han querido ver.

M. R. B. y J. L. J.—¿Podemos conocer el título del libro?

J. L. B.—El título será el menos feo de entre los de los cuentos. Yo quería llamarle «El otro», pero como ya tengo un libro que se llama «El otro, el mismo», se iba a notar demasiado mi pobreza. Tengo un cuento en el que hay una muerte violenta, que se llama «La noche de los dones», y que al principio iba a ser «La noche de las noches», pero consideré que eso era demasiado islámico y por eso lo titulé «La noche de los dones». Este puede ser el título del libro, aunque todavía es posible que se me ocurran otros mejores.

M. R. B. y J. L. J.—Por favor, Borges, elija usted uno entre todos sus libros.

J. L. B.—Es uno de esos dos que me han dado ustedes a firmar. No «El oro de los tigres» —cuyo título parece tan antiguo, algo modernista, ¿verdad?, como si fuera un libro de Dario o de Lugones—, sino «El Hacedor», al que siempre consideré el mejor de mis libros...; bueno, el menos malo de mis libros, y quizá lo mejor de él sea la dedicatoria a Leopoldo Lugones. ■ Entrevista registrada en magnetófono por MARCOS RICARDO BARNATAN y JOSE LUIS JOVER. (En Artes y Letras, ver «Borges y su sombra».)